

Guerra civil



MARÍA ALEJANDRA
Campos

Politóloga

Si la política peruana fuese una serie, sería un hit. Trataría sobre la guerra civil entre dos facciones de la misma familia y todo lo que pasa a su alrededor. En el gran final de la segunda temporada, el conflicto fraternal alcanza su primer pico. El hijo del ex dictador, empoderado luego de sacar a su padre de la prisión y sellar su reconciliación con el gobierno, es finalmente expulsado de la bancada de su hermana, la dos veces perdedora electoral. En represalia, el hijo le declara la guerra y se va a Asgard con 9 de sus correligionarios.

Esta historia se caracteriza por sus constantes giros en la trama. En la primera temporada parecía que la serie trataría sobre el androide presidencial, pero terminó siendo sobre el primer ministro y su lucha solitaria contra la hermana, iracunda por su segunda derrota consecutiva. En la última escena, el premier muere parado y sin polo en el Parlamento, frente a los enviados de la hermana.

En la segunda temporada, aunque la hermana dominó buena parte de la trama, siempre a través de sus voceros, el inesperado final—vacancia e indulto incluidos—y la aparición de la facción del hijo dejaron la puerta abierta a diversos escenarios. ¿La hermana que gobierna en las sombras aparecería frente al público para asumir su liderazgo y acabar con la amenaza de su hermano? ¿El androide lograría despertar de su letargo antes de que sus enemigos lo desconecten? ¿El hijo conseguiría aliados y lucharía por convertirse en protagonista?

El inicio de la tercera temporada se centra en el enfrentamiento entre los dos hermanos. El hijo decide continuar su alianza con el débil gobierno del androide para contrarrestar los embates de su hermana, quien tiene una bancada seis veces más grande que la suya. Sin embargo, la llegada de un monstruo brasileño, el Falante (hablador en portugués), que llega a destruir el ecosistema político nacional, amenaza con obligar

a la hermana a replegarse para concentrar sus fuerzas en enfrentar a la nueva amenaza.

La temporada final está ambientada en las elecciones del 2021. El androide fue finalmente derrotado en la temporada anterior y vive sus días en el exilio. En la carrera presidencial quedan los dos hermanos, ambos desgastados por sus constantes enfrentamientos. Pero la hermana es la que se llevó la peor parte: fue atacada por el Falante, el mismo que acabó con varios personajes en la tercera temporada, y calculó mal el costo político de pelearse con su hermano. Resulta que, contrario a lo que ella pensaba al inicio del culebrón, el respaldo popular con el que contaba no provenía principalmente de méritos propios, sino de su apellido. El respaldo del padre hacia el hijo le hizo perder muchos votos y la dejó en una posición poco auspiciosa con miras a los comicios.

El hijo, por su parte, cosechó algunos de

los votos que perdió su hermana, pero las limitaciones de su agrupación, su poca empatía con la población y varias acusaciones de corrupción por parte de sus contrincantes impidieron que obtenga una mayor base de simpatizantes.

En el último capítulo de la serie, los hermanos son vencidos por un ‘outsider’ por el que nadie quería votar, pero que muchos consideraban el menos malo de la terna.

De vuelta a la realidad, hay que reconocer que nuestros políticos, a falta de pan, nos ofrecen buen circo. El problema es que están entretenido el espectáculo que funciona como una cortina de humo permanente, que impide concentrarse en los temas importantes. Habrá que ver si, en lo que sigue del 2018, la política continúa siendo el drama que ha sido desde que empezó el gobierno o si la ruptura del fujimorismo aporta sostenidamente a la gobernabilidad. —



“Si la política peruana fuese una serie, trataría sobre la guerra entre dos facciones de la misma familia”.

